

RESUMEN CRONOLÓGICO.

GUERRA DE ESPAÑA.

1808.

- 9 de julio. Entrada del rey José en España.
14. — Batalla de Medina de Rioseco.
14. — Murat, gran duque de Berg, es proclamado rey de Nápoles, bajo el nombre de Joaquín Napoleón.
19. — Batalla de Bailén.
20. — Entrada de José en Madrid.
21. — El Emperador sale de Bayona para regresar á París.
22. — Capitulacion del general Dupont en Andújar.
28. — Rebelion de Baraictar. — Muerte de Selias. — Proclamacion de Mahmud.
31. — Desembarco de los ingleses en Portugal.
- 1.º de agosto. El Emperador regresa á París. Inauguracion de su estatua sobre la columna de la plaza de Vendome.
22. — Batalla de Vimeiro en Portugal.
30. — Capitulacion del general Junot en Cintrac (Portugal).
- 27 de setiembre. Llegada del Emperador á Erfurth. — Conferencia con el emperador de Rusia.
- 12 de octubre. El Emperador da la cruz de la Legion de Honor á Goethe y á Wieland.
19. — Vuelta del Emperador á Saint-Cloud.
25. — Abertura del cuerpo legislativo.
27. — Recepcion de los diputados italianos.
29. — El Emperador parte para el ejército.
- 4 de noviembre. Entra en España.
7. — Llega á Victoria. — Su entrevista con su hermano el rey José.
10. — Combate y toma de Búrgos.
- 10 de noviembre. Batalla de Espinosa (60 cañones, 12 generales, 20,000 hombres muertos ó prisioneros.)
16. — Toma de Santander.
23. — Batalla de Tudela (30 cañones, 7 banderas, 7,000 hombres muertos ó prisioneros)
30. — Combate de Somosierra (16 cañones, 10 banderas.)
- 2 de diciembre. Llegada delante de Madrid.
6. — Entrada del Emperador en Madrid.
7. — Proclama del Emperador al pueblo de Madrid.
9. — Discurso de los notables de Madrid al Emperador. — Respuesta de Napoleón.
11. — Toma de Talavera de la Reina.
16. — Combate de Carderon.
22. — El Emperador sale de Madrid.
24. — Paso del Tajo en el Arzobispo y en Almaraz 4 cañones, 500 prisioneros
26. — Combate de Benavente.
30. — Combate de Mansilla (2 banderas, 1500 prisioneros.)

1809.

- 3 de enero. Combate de Cacabelos.
4. — Combate de Piedra-Hilla.
8. — Combate y toma de Lugo.
23. — Batalla de Uclés (40 cañones, 34 banderas, 10,000 prisioneros.)
16. — Combate y toma de la Coruña.
22. — Entrada del rey José en Madrid.
23. — Regreso del Emperador á París
25. — Combate de Alcañiz.
27. — Toma del Ferrol.
- 21 de febrero. Toma de Zaragoza.



Campaña de 1809.

BATALLA DE ECKMÜHL.—ENTRADA EN VIENA.

Las divisiones territoriales, resultado de los tratados de Presburgo y Tilsitt, escitarán vivo descontento en Alemania; las ciudades anseáticas detestaban el sistema continental que las privaba de su comercio marítimo; los diversos estados reunidos bajo el título de reino de Westfalia soportaban con impaciencia el dominio de Gerónimo; y el Tirol, fiel á la casa de Hapsburgo, amenazaba sacudir el yugo bávaro. Y mientras todos los manejos del Austria tendian á fomentar estos sentimientos de odio que se embadurnaban con un tinte de nacionalidad y de patriotismo, estendiase por toda la Alemania una vasta conjuracion tramada con el mismo objeto. Primero en Prusia, y despues en las demas partes de la Alemania, fundáronse sociedades secretas y místicas con el título de *federados de la virtud*, para reunir en un centro comun de accion todos los enemigos de la Francia. Diversas eran las pasiones que acrecentaban estas sociedades, donde hallábanse reunidos los hombres de mas encontrados principios: los nobles tan orgullosos con su origen feudal, y echando menos los opresores privilegios de que se veian despojados; los miembros de las universidades, profesores y discípulos, fanáticos

por los grandes principios de libertad é igualdad que los gobiernos aparentaban apoyar en Alemania; los militares humillados con las derrotas de los ejércitos nacionales, los ciudadanos y comerciantes, vejados con las cargas de los acantonamientos militares y aniquilados por el estado del comercio y de las manufacturas: todos sufrían con igual impaciencia el yugo de la ocupación. Todos, entonces, aristócratas, demagogos, ideólogos, soldados, patriotas germánicos, todos de comun acuerdo deseaban, no el restablecimiento del antiguo imperio romano sino la independencia de la Alemania, el restablecimiento de sus relaciones marítimas, su reintegración en el derecho de escoger sus aliados y sus enemigos. Naturales y legítimos eran tales sentimientos; pero los engañados alemanes no podían juzgar bien ni de la posición del Emperador Napoleón, ni de sus intenciones. Créanle provocador de la guerra, cuando no hacía más que defenderse de la Inglaterra, ya con las armas, ya con sus decretos de bloqueo continental, máquinas de guerra, que no menos terribles hubieran sido que la artillería. Porque el Emperador era el mayor capitán de los siglos, el vencedor de todos los generales europeos, no querían creer que sinceramente deseara una paz honrosa. Así se precipitaron á una oposición armada de que no podían preveer todas las consecuencias. Fueron ciegos instrumentos, y por lo tocante á libertad é independencia poco han ganado con la caída del imperio francés.

Resolvió el gabinete austríaco aprovechar esas disposiciones hostiles á la Francia para reconquistar las provincias que le arrancara la victoria de Austerlitz. La ocasión parecía favorable: los ejércitos franceses estaban diseminados por Italia, España y Portugal; el mismo Napoleón se hallaba en la Península; de consiguiente el emperador Francisco II decidióse á hacer un postrer esfuerzo para reunir y armar masas formidables. El ejército activo se acrecentó hasta trescientos cincuenta mil hombres, para cuyo refuerzo destináronse ciento cincuenta batallones de landwehrs. La Inglaterra, á fin de animar esta nueva coalición que no había tenido necesidad de tramarse, dió un subsidio de cien millones, y prometió que, así que estuviere empezada la guerra, enviaría una división

de cuarenta mil hombres para verificar una diversion, ya en las costas del imperio francés, ya en el norte de la Alemania; por su parte el Austria proponíase atacar la Francia sobre tres puntos á la vez; en Baviera, en Italia y en Polonia. En la composición del ejército austríaco imitóse y siguióse la organización del ejército francés. Seis divisiones de veinte y cinco mil hombres cada una y una reserva formaron el grande ejército reunido en Bohemia y encargado de invadir la Baviera, siendo su jefe el príncipe Carlos. Dos divisiones, formando un total de cincuenta mil hombres de tropas de línea y de veinte y cinco mil milicianos, compusieron el ejército de Italia, á las órdenes del archiduque Juan. En fin, un tercer ejército de cuarenta mil hombres, mandado por el archiduque Fernando, debía ocupar el ducado de Varsovia. El total de las fuerzas del ejército que debía operar ofensivamente ascendía con la reserva, con los tíroleses, los landwehrs, etc., á cuatrocientos cincuenta mil hombres; la artillería constaba de setecientos cañones.

Desde el fondo de la España, el Emperador no perdía de vista los preparativos del Austria. Pero el ejército de que podía disponer en la campaña que precisamente tenía que emprender no pasaba de cien mil franceses (inclusas las guarniciones de las ciudades de Alemania) y de cuarenta mil bávaros y wurtembergeses; podía contar además con sesenta mil confederados de Sajonia, Baden, Hesse, etc., con tal que le fuese favorable la suerte de las armas, y en todo caso, con diez y ocho mil polacos decididos á pelear valientemente por la independencia de su patria. El ejército de Italia, al mando de Eugenio y de Macdonald, constaba de cuarenta y cinco mil combatientes, y el cuerpo de Marmont en Italia de quince mil. La artillería de todas estas tropas reunidas no pasaba de quinientas sesenta piezas.

Indicamos ya que el Emperador había regresado á su capital para estar pronto á cualquier acontecimiento; y en ella, el 12 de abril, supo la invasión de la Baviera que se verificó el 10. Partió de París el 13, llegó el 16 á Luisburgo, donde

tuvo una entrevista con el rey de Wurtemberg, y sin pararse, continuó su camino hacia Dillingen, donde le estaba aguardando el rey de Baviera. Aseguró á este príncipe que antes de quince días volvería á entrar en su capital, y el día siguiente, 17, ya había llegado á su cuartel general de Donawerth.

Con los contingentes wurtembergeses y bávaros, el ejército francés solo reunía ochenta mil combatientes. Débil y reducido para resistir al enemigo que presentaba una masa ofensiva de ciento cincuenta mil hombres, habíase ido replegando sucesivamente hacia el corazón de la Baviera, para cubrir á Munich y concentrarse. A su llegada sobre las márgenes del Danubio, sabiendo Napoleón que las tropas, forzadas á un movimiento retrógrado, parecían inquietas por su fuerza numérica y acerca del éxito de la campaña, dirigióles una de aquellas proclamas que por tanto tiempo fueron oráculos infalibles.

«Soldados, decia, el territorio de la confederacion del Rhin «ha sido violado: el general austriaco quiere que huyamos al «aspecto de sus armas, y que le abandonemos nuestros aliados. He llegado con la rapidez del rayo. Soldados, vosotros «estabais á mi alrededor, cuando el soberano de Austria vino á mi bivaque de Moravia; vosotros le oisteis implorar «mi clemencia y jurarme amistad eterna. Vencedores en tres «guerras, todo lo debe el Austria á nuestra generosidad; tres «veces ha sido perjura!!! Nuestras pasadas victorias son seguros garantes de la que nos espera. Marchemos, y que á nuestro aspecto reconozca el enemigo á sus vencedores.»

Pronto supo el enemigo la llegada del Emperador, pues detúvose de repente en su marcha progresiva. Los generales recibieron ya órdenes, los soldados no las necesitaban.... Napoleón se hallaba con ellos, y estaban seguros de vencer! ¿Qué podían temer cuando el Emperador en ellos depositaba su confianza? Empezaron los combates y con ellos las victorias.

El 19 de abril, mientras el general Oudinot, que partió de Augsburgo, alcanzaba y destrozaba al enemigo en Pfaffenhoffen, el mariscal Davoust salió de Ratisbona para acercarse á Ingolstadt, donde se había trasladado el cuartel general

del Emperador, cuyo objeto era maniobrar contra el enemigo, que había desembocado de la parte de Landshut, y atacarle en el mismo momento en que, creyendo tomar la iniciativa, avanzaba hacia Ratisbona que Davoust acababa de abandonar.

El duque de Auerstaed marchaba en dos columnas: las divisiones de los generales Gudin y Morand formaban su derecha, las de los generales Friand y Saint-Hilaire su izquierda. Al llegar á la altura de Pessing, no lejos de Thann, el general Saint-Hilaire fué atacado por el enemigo, superior en número, pero inferior en bravura, y allí se abrió la campaña con un combate glorioso para nuestras armas.

En la derecha, el general Morand encontróse asimismo con una division austriaca, á la cual cargó de frente, mientras el mariscal duque de Dantzick, con un cuerpo bávaro, que salió de Abensberg, la atacaba por retaguardia. Esa division, desalojada de todas sus posiciones, abandonó el campo de batalla, despues de haber perdido un regimiento de dragones y dejado en nuestro poder crecido número de prisioneros.

La division austriaca que fué batida en Thann era la del general Hohenzollern, y formaba parte del centro del ejército del príncipe Carlos.

A favor de esta primera victoria, el cuerpo de Davoust verificó su reunion con las tropas bávaras, y el Emperador resolvió aprovecharse de este aumento de fuerzas para atacar y destruir la izquierda del ejército austriaco compuesta de los cuerpos del archiduque Luis y del general Hiller, que juntos ascenderian á sesenta mil hombres. Por consiguiente dió al mariscal Davoust la orden de contener la derecha del enemigo, y el 20 trasladóse á Abensberg, donde se hallaba el cuerpo del archiduque. Las dos divisiones Morand y Gudin, los bávaros y los wurtembergeses debian atacar de frente al ejército austriaco, al cual Massena, pasando por Freying, debia coger por la espalda.

Las divisiones Morand y Gudin quedaron bajo el mando de Lannes y formaron la izquierda del ejército francés. El Emperador había resuelto pelear á la cabeza de los bávaros y wurtembergeses: antes de empeñar la accion, mandó reunir

en círculo á los oficiales de aquellas dos naciones, y les habló bastante rato. El príncipe real de Baviera traducía al alemán lo que Napoleon decia en francés.

Al demostrar á sus aliados el testimonio de confianza que les daba, recordó á los oficiales bávaros que los austríacos siempre habian sido sus enemigos, que atacaban su independencia; que de mas de doscientos años las banderas bávaras estaban desplegadas contra el Austria; pero que en fin ahora tanta pujanza les daría el apoyo de las águilas francesas que en adelante por sí solos podrian resistir á los austríacos. El Emperador habló á los wurtembergeses de las victorias que alcanzaron sobre la casa de Austria, cuando servian en el ejército prusiano, y de las últimas ventajas obtenidas en la campaña de Silesia. Dijo á todos que era llegado el momento de vencer para llevar la guerra al territorio austríaco. Estos discursos, repetidos á los regimientos por los coroneles, y á las compañías por los capitanes, produjeron un efecto eléctrico.

El Emperador dió entonces la señal del combate. El general de Wrède, oficial bávaro de gran mérito, atacó de frente á las divisiones austríacas que se le habian opuesto, y el general Vandamme con los wurtembergeses destrozó la derecha del enemigo. El mariscal Lefebvre, con la division del príncipe real de Baviera y la del general Deroy, maniobró para cortar la gran carretera de Abensberg á Landshut. El mariscal Lannes, con sus dos divisiones, forzó la extrema izquierda, é igual resultado tuvieron los ataques sobre todos los puntos. Desconcertado el enemigo, solo una hora resistió antes de verse precisado á la retirada. Ocho banderas, doce cañones, diez y ocho mil prisioneros fueron los resultados de esta batalla que poca sangre costó al ejército francés.

El general Hiller, para evitar la suerte del príncipe Luis, retirárase á Landshut; y el Emperador se dirigió hácia esa ciudad. Al llegar á ella, Bessieres con la caballería de la guardia, destrozó á la enemiga que se habia formado en la llanura. Landshut está situada sobre el Iser; para entrar en ella, era preciso atravesar un puente de madera que el enemigo quiso defender; el general Mouton hizo avanzar á paso de car-

ga los granaderos del 17 de línea: el puente estaba ardiendo, pero no fué un obstáculo para nuestros valientes. Arrojado el enemigo de su posición, atacóle entonces Massena que desembocaba por la orilla derecha. Landshut fué tomada, y con ella cayeron en nuestro poder treinta cañones, nueve mil prisioneros, seiscientas cajas de artillería, tres mil carros de bagajes, los hospitales y los almacenes del enemigo.

Desde Landshut, el Emperador retrocedió sobre sus huellas. El archiduque Carlos reunió en Eckmühl cuatro de los cuerpos principales de su ejército: Hohenzollern ya batido en Thann, Rosenberg, Kollowrath, y Lichtenstein. Napoleon llegó delante de Eckmühl á las dos de la tarde, y al punto se empeñó el combate. Electrizados con tres dias de victoria, corrieron los soldados al enemigo con toda la confianza del triunfo. El duque de Montebello, al frente de la division Gudin, atacó y envolvió rápidamente la izquierda del ejército austríaco, mientras las demas divisiones le atacaban por el frente. A su vez desembocaron los duques de Auerstaedt y de Dantzik; el 10 de infantería ligera, de la division Saint-Hilaire, lanzóse á las filas austríacas, y por mas de media hora sostuvo solo todo el esfuerzo de su ala derecha. El general Montbrun, con su caballería, atacólos ya por el flanco, ya por el frente. Vióse entonces uno de los mas hermosos espectáculos que puede presentar la guerra; un ejército de ciento y diez mil hombres atacado por menos de setenta mil, envuelto por su izquierda, y sucesivamente desalojado de todas sus posiciones, obligado á huir en el mayor desorden.

La caballería austríaca, fuerte y numerosa, sacrificóse para proteger la retirada de la infantería; pero con una impetuosa carga, las divisiones Saint-Sulpice y Nansouty la destrozaron y obligáronla á seguir el movimiento de los dispersos infantes.

Todavía estaban firmes en la llanura dos cuadros de granaderos húngaros: era la reserva mandada por el archiduque Carlos en persona. Nansouty lanzóse sobre el uno, rompiólo y lo hizo prisionero: Saint-Sulpice se precipitó sobre el otro, penetró en él, cogió una parte, y puso en fuga el resto. El archiduque Carlos se hallaba en este cuadro, y solo á la velocidad de su caballo debió su salvacion. Desde aquel momento,